



PAUL KEARNEY

NAVES
DEL
OESTE

LAS MONARQUÍAS DE DIOS

La tormenta se cierne sobre las Monarquías de Dios, y consigo trae la promesa de un conflicto a escala continental de tal magnitud que, en comparación, todas las guerras contra los merduk parecen simples escaramuzas.

A un lado, la Gran Alianza, la unión de los estados heréticos que, tiempo atrás, llegaron a un pacto con los merduk y fundieron en una sola fe sincrética las enseñanzas del Santo y el Profeta.

Al otro, el Segundo Imperio, una mezcla impía entre la autoridad de la Iglesia, convertida en poder temporal, y la hechicería de los cambiaformas venidos del Continente Occidental.

Ante las costas de Hebrion, en combates navales sobre las cubiertas de la mayor flota que el mundo ha conocido, y en las llanuras de Tor, donde chocarán enormes ejércitos en pugna por imponer su supremacía, las Monarquías de Dios se enfrentarán a una batalla sin precedentes, cargada de tragedia y heroísmo, donde hombres como Hawkwood el navegante, Abeleyn el rey y Corfe el soldado encontrarán por fin su destino.

Para Peter Talbot

Prólogo

Año del Santo 561

Richard Hawkwood consiguió salir de la cuneta donde lo había acorralado la multitud, y se abrió paso con dificultades entre los vítores, pisando pies, propinando codazos a derecha e izquierda y lanzando miradas salvajes a cuantos se encontraban con sus ojos.

«Un rebaño. Un maldito rebaño».

Encontró una especie de remanso, un espacio de tranquilidad al abrigo de una construcción alta, y allí se detuvo a recuperar el aliento. Los vítores eran ensordecedores, y, en masa, la gente humilde de Abrusio no olía demasiado bien. Se limpió el sudor de los párpados. La multitud estalló en un rugido y, de repente, desde la carretera adoquinada le llegó un estrépito de cascos. Una fanfarria de trompetas y la cadencia de pies calzados con botas marcando el paso. Hawkwood se pasó los dedos por la barba. Sangre de Dios, necesitaba un trago.

Algunos espectadores entusiastas empezaron a arrojar pétalos de rosa desde las ventanas superiores. Hawkwood pudo distinguir a duras penas el carruaje abierto entre la multitud, el destello de plata sobre la cabeza gris del interior, y junto a él el breve resplandor de una gloriosa melena pelirroja adornada con cuentas de ámbar. Eso fue todo. Los soldados siguieron desfilando en el implacable calor, el carruaje se alejó y el frenesí de la multitud se apagó como la

llama de una vela. La ancha calle pareció relajarse cuando los hombres y mujeres se dispersaron y empezaron a sonar de nuevo los gritos callejeros habituales en la parte baja de Abrusio. Hawkwood buscó a tientas su portamonedas; continuaba allí, aunque fláccido como los pechos de una anciana. Un par de monedas giraron y tintinearón entre sus dedos. Suficiente para una botella de narboskim, en cualquier caso. Le esperaban en El Timonel. Allí le conocían. Se secó la boca y emprendió la marcha, una silueta flaca y demacrada vestida con un jubón de estibador y calzas de marinero, con el rostro bronceado sobre la barba canosa. Tenía cuarenta y ocho años.

—Diecisiete años —dijo Milo, el posadero—. ¿Quién hubiera pensado que duraría tanto? Que Dios le bendiga.

Hubo un coro de asentimiento confuso pero entusiasta procedente de los hombres congregados en torno a las mesas de El Timonel. Hawkwood bebió su brandy en silencio. ¿Realmente había transcurrido tanto tiempo? Los años se sucedían muy aprisa, y, sin embargo, el tiempo que pasaba en lugares como aquél parecía alargarse interminablemente. Voces confusas, polvo bailando en los rayos de sol. El resplandor del día atrapado en el corazón ardiente de un vaso de vino.

Abeleyn IV, hijo de Bleyne, rey de Hebrion por la gracia de Dios. ¿Dónde estaba Hawkwood el día de la coronación del niño rey? Ah, por supuesto. En el mar. Habían sido los años del bloqueo de Macassar, cuando había amasado una buena suma de dinero en las islas Malacar junto a Julius Albak, Billerand y Haukal. Recordó cómo habían navegado hasta Rovena de los corsarios, con todo el descaro del mundo, con los cañones preparados y la mecha lenta humeando en la cubierta. Los tensos regateos, que se habían convertido en ruidosa camaradería cuando los corsarios

aceptaron al fin su porcentaje. Hombres de honor, a su modo.

Aquello era vida, pensó Hawkwood, la única vida posible para un hombre. Los movimientos y crujidos de un barco vivo bajo sus pies, sin tener que dar cuentas a nadie, con todo el mundo por recorrer.

Excepto que ya no sentía aquel impulso de navegar sin rumbo. La vida de navegante había perdido gran parte de su encanto durante la última década; era algo que le resultaba difícil de admitir, incluso ante sí mismo, pero que sabía que era cierto. Como una extremidad amputada que finalmente hubiera cesado en su picor fantasmal.

Aquello le recordó por qué estaba allí. Se bebió el repugnante brandy y se sirvió un poco más, haciendo una mueca. Era un narboskim malísimo. Lo primero que haría después de... después de aquel día sería comprarse una botella de fimbrio.

¿Qué hacer con el dinero? Podía ser una bonita suma. Tal vez pediría consejo a Galliaro sobre cómo invertirlo. O tal vez se compraría un cúter rápido y bien construido, y se iría al Levangore. O se uniría a los malditos corsarios, ¿por qué no?

Sabía que no haría ninguna de aquellas cosas. El autoconocimiento era un don amargo de la madurez. Acababa con los estúpidos sueños y ambiciones de la juventud, dejando en su lugar algo que supuestamente era sabiduría. A su alma, harta de cometer errores, a veces le parecía que se le cerraban todas las puertas y ventanas de la mente. Hawkwood contempló su vaso y sonrió. «Me he convertido en un filósofo borracho», pensó, cuando el brandy lo relajó un poco al fin.

—¿Hawkwood? Sois el capitán Hawkwood, ¿no es así?
—Una mano oronda y sudorosa apareció en el campo de visión de Hawkwood. Éste la estrechó automáticamente, haciendo una mueca al notar el sudor resbaladizo que trató de adherirse a su palma.

—Lo soy. Supongo que vos sois Grobus.

Un hombre grueso tomó asiento frente a él. Apestaba a perfume, y llevaba las orejas decoradas con aros de oro. A una yarda por detrás de él había otro hombre, de anchas espaldas y aire de matón, observando.

—No necesitáis guardaespaldas aquí, Grobus. Nadie que quiera verme tendrá problemas.

—Nunca se es demasiado precavido. —El orondo recién llegado chasqueó los dedos en dirección al posadero—. Una botella de candelario, buen hombre, y dos vasos. Que estén limpios, cuidado. —Se secó la frente con un pañuelo de encaje—. Bien, capitán, creo que podremos llegar a un acuerdo. He hablado con mi socio y hemos acordado una cantidad apropiada. —Grobus se sacó de la manga un trozo de papel—. Confío en que la encontraréis satisfactoria.

Hawkwood miró la cifra escrita en el papel, y su rostro no se alteró.

—Estáis bromeando, por supuesto.

—Oh, no, os lo aseguro. Es un precio justo. Después de todo...

—Podría ser un precio justo para un bote de remos comido por los gusanos, no para un galeón de alta mar.

—Si me lo permitís, capitán, debo indicaros que el *Águila* lleva casi ocho años sin acercarse a alta mar. Todo su casco está perforado por los gusanos teredo, y casi todos sus mástiles y vergas han desaparecido hace tiempo. Estamos hablando de un casco vacío, un simple cascarón.

—¿Qué pretendéis hacer con él? —preguntó Hawkwood, volviendo a contemplar su vaso. Parecía cansado. No tocó el trozo de papel sobre la mesa.

—Lo único que se puede hacer con él es desguazarlo. El maderamen del interior continúa entero, y sus costillas, curvas y bragadas se encuentran en muy buen estado. Pero no vale la pena volver a equiparlo. El taller de desguace ya ha manifestado su interés.

Hawkwood levantó la cabeza, pero su mirada permaneció vacía e inexpresiva. El posadero llegó con el candelario, extrajo el corcho y les sirvió dos vasos de buen vino. El vino de los barcos, como era conocido. Grobus tomó un sorbo del suyo, observando a Hawkwood con una mezcla de cautela y desconcierto.

—Ése barco ha navegado más allá del conocimiento de los geógrafos —dijo Hawkwood al fin—. Ha soltado amarras en tierras hasta ahora desconocidas por el hombre. No toleraré que lo desguacen.

Grobus se limpió el vino del labio superior.

—Si me disculpáis, capitán, no tenéis elección. Puede que el *Águila* y vos mismo estéis rodeados por un conjunto de mitos heroicos, pero los mitos no llenan un portamonedas vacío... ni tampoco los vasos de vino. Ya debéis una fortuna en derechos portuarios; ni siquiera Galliaro di Ponerá puede ayudaros más. Si aceptáis mi oferta, pagaréis vuestras deudas y os quedará algo para... para la jubilación. Os estoy haciendo una oferta justa, y...

—Vuestra oferta queda rechazada —dijo bruscamente Hawkwood, levantándose—. Lamento haber malgastado vuestro tiempo, Grobus. Desde este momento, el *Águila* ha dejado de estar en venta.

—Capitán, debéis ser razonable...

Pero Hawkwood ya estaba saliendo de la posada, con la botella de candelario balanceándose al extremo de su brazo.

Un conjunto de mitos heroicos. ¿Era cierto? Para Hawkwood eran el tema de pesadillas horribles, de imágenes que el paso de los años apenas había amortiguado.

Un trago de la botella. Cerró los ojos, agradecido por su calor. Cómo había cambiado el mundo; algunas cosas, por lo menos.

Su *Águila* estaba amarrada por proa y popa a las boyas ancladas en las Radas Exteriores. Era un buen trecho para remar, pero al menos allí estaba solo, y el movimiento de la marea era como una canción de cuna. Y los olores familiares a alquitrán, sal, madera y agua de mar. Pero su barco era un cascarón sin mástiles, con las vergas vendidas una tras otra y año tras año para pagar los derechos de anclaje. Una inversión en una expedición mercantil unos cinco años atrás se había tragado los ahorros de Hawkwood, y Murad había hecho el resto.

Pensó en todas las ocasiones de aquel horrible viaje al oeste en las que había montado guardia para proteger a Murad durante la noche. Qué fácil le hubiera resultado matarle entonces. Pero el noble de las cicatrices vivía a la sazón en un mundo distinto; era uno de los grandes del país, y Hawkwood no era más que tierra a sus pies.

Las gaviotas picoteaban la cubierta sobre su cabeza. La habían cubierto de guano, que se había endurecido hasta hacer imposible limpiarlo. Hawkwood dirigió la vista a las anchas ventanas del camarote de popa donde se encontraba (por lo menos, no las había vendido) y miró en dirección a Abrusio, que surgía del mar, amortajada en su propia neblina, adornada por los mástiles de los barcos y coronada de fortalezas y palacios. Levantó la botella en saludo a Abrusio, la vieja puta, y bebió un poco más, apoyando los pies en la pesada mesa clavada al suelo y desplazando hacia un lado la espada de hoja ancha, corta y oxidada. La tenía allí por si las ratas (a veces se ponían rebeldes e impertinentes) y también para el ocasional ladrón de barcos con la fuerza suficiente para remar hasta tan lejos. Aunque no quedaban demasiadas cosas que robar.

De nuevo los picotazos en la cubierta. Hawkwood miró hacia arriba, irritado, pero otro trago del buen vino le calmó los nervios. El sol se estaba poniendo, convirtiendo el oleaje en destellos azafrán. Observó el lento avance de una carabela mercante, de aparejo redondo, que entró en las

Radas Interiores ceñida al viento, recibiendo la escasa brisa en la amura de estribor. Tardarían media noche en llegar al puerto a aquella velocidad. ¿Por qué no había desplegado las velas latinas el muy idiota?

Pasos en la escalera. Hawkwood se sobresaltó, soltó la botella y alargó torpemente la mano hacia la espada, pero para entonces la puerta del camarote ya se había abierto, y una figura embozada y cubierta con un sombrero de ala ancha estaba cruzando el umbral.

—Hola, capitán.

—¿Quién diablos sois?

—Nos vimos unas cuantas veces, hace unos años. —El sombrero desapareció, revelando una cabeza completamente calva y dos ojos oscuros y llenos de humanidad incrustados en un rostro pálido como el marfil—. Y una vez vinisteis a mi torre, para ayudar a un amigo mutuo.

Hawkwood volvió a reclinarsse en su silla.

—Golophin, por supuesto. Ahora os reconozco. Los años os han tratado bien. Parecéis más joven que la última vez que os vi.

Una ceja se alzó de modo casi imperceptible.

—¿De veras? Ah, candelario; ¿puedo?

—Si no os importa compartir el cuello de una botella con un plebeyo.

Golophin tomó un trago con aire experto.

—Excelente. Me alegra ver que vuestras circunstancias no han empeorado en todos los sentidos, capitán.

—¿Habéis venido en bote? No he oído ninguno.

—Podría decirse que he venido por mis propios medios.

—Bueno, hay un taburete junto al mamparo de detrás vuestro. Os dolerá el cuello si seguís demasiado tiempo inclinado de ese modo.

—Gracias. Las tripas de los barcos no se construyeron pensando en tipos larguiruchos como yo.

Se sentaron, compartiendo la botella de modo bastante cordial, y contemplaron la muerte del día y el lento avance

de la carabela hacia las Radas Interiores. Abrusio empezó a llenarse de resplandores delante de ellos, hasta que al fin se convirtió en una sombra amenazadora, iluminada por medio millón de luces amarillas, y las estrellas quedaron reducidas a la insignificancia.

Los posos del vino al fin. Hawkwood besó un lado de la botella y la arrojó a un rincón, donde tintineó al chocar con sus vacías compañeras. Golophin encendió una pipa de arcilla pálida, y empezó a chupar con evidente satisfacción. Finalmente apoyó el pulgar en la cazoleta y rompió el silencio.

—Parecéis un hombre muy poco curioso, capitán, si me permitís decirlo.

Hawkwood volvió a mirar por las ventanas de popa.

—La curiosidad es una cualidad sobrevalorada.

—Estoy de acuerdo, aunque en ocasiones también puede conducir al descubrimiento de conocimientos útiles. Tengo entendido que estáis arruinado, o que os falta poco para estarlo.

—Los chismes del puerto llegan lejos.

—Éste barco es una especie de curiosidad marítima...

—Igual que yo.

—Sí. No tenía ni idea de hasta qué punto os odiaba lord Murad, aunque no podáis creerlo. Ha estado muy ocupado durante estos últimos años.

Hawkwood se volvió al fin. Era una silueta negra recortada contra el resplandor del agua en movimiento detrás de él, mientras los últimos rayos del sol manchaban las olas de sangre.

—Muy ocupado.

—No debisteis rechazar la recompensa que os ofreció el rey. De haberla aceptado, habrías podido atemperar el rencor de Murad. Pero durante los diez últimos años, ha tenido rienda suelta para asegurarse de que todas vuestras inversiones fracasaban. Cuando uno tiene enemigos poderosos, capitán, no debe despreciar a los amigos poderosos.

—Golophin, no habéis venido para ofrecerme consejos de vieja. ¿Qué queréis?

El mago se echó a reír, y estudió la ennegrecida hoja en su pipa.

—Muy bien. Quiero que entréis al servicio del rey.

Desconcertado, Hawkwood preguntó:

—¿Por qué?

—Porque los reyes también necesitan amigos, y porque sois un hombre demasiado valioso para permitir que acabe metido en una botella.

—Qué altruista por vuestra parte —gruñó Hawkwood, pero su rabia parecía algo hueca.

—En absoluto. Hebrion, tanto si queréis admitirlo como si no, está en deuda con vos, igual que el rey. Y una vez ayudasteis a un amigo mío, lo que también me hace deudor vuestro.

—El mundo sería un lugar mejor si no me hubiera molestado.

—Tal vez.

Hubo una pausa. Finalmente, Hawkwood dijo en voz baja:

—También era mi amigo.

La luz había desaparecido, y el camarote estaba a oscuras, excepto por la leve fosforescencia del agua al otro lado de las ventanas.

—Ya no soy el hombre que era, Golophin —susurró Hawkwood—. Ahora tengo miedo al mar.

—Ninguno de nosotros somos lo que éramos, pero vos seguís siendo el navegante que consiguió regresar con su barco del mayor viaje en la historia conocida. No es el mar lo que teméis, Richard, sino las cosas que encontrasteis al otro lado. Ésas cosas están aquí y ahora; vos sois uno de los pocos que se han enfrentado a ellas y sobrevivido. Hebrion os necesita.

Una carcajada ahogada.

—Seré un bastón muy débil para que Hebrion se apoye en él. ¿En qué servicio habéis pensado el rey y vos? ¿Portero real, o tal vez capitán del bote de remos del rey?

—Queremos que diseñéis barcos para la armada hebrionesa, inspirados en el *Águila*. Barcos rápidos y manejables, capaces de transportar muchos cañones. Nuevos planos de velas y nuevas vergas.

Hawkwood permaneció unos instantes sin habla.

—¿Por qué ahora? —preguntó al fin—. ¿Qué ha sucedido?

—Ayer el archimago Aruan, a quien ambos conocemos, fue proclamado vicario general de la orden inceptina en Normannia. Su primer acto en el cargo fue anunciar la creación de una nueva orden militar. Aunque no es del dominio público, he podido averiguar que este nuevo cuerpo estará compuesto enteramente por magos y cambiaformas. Los llama los Perros de Dios.

—Santos del cielo.

—Lo que queremos que hagáis, capitán, es ayudarnos a preparar a Hebrion para la guerra.

—¿Qué guerra?

—Una que se libraré muy pronto; tal vez no este año, pero sí durante los próximos. Una batalla por el dominio de este continente. Ningún hombre quedará al margen de ella, y nadie podrá ignorarla.

—A menos que muera antes de una borrachera.

Golophin asintió, muy serio.

—Eso es cierto.

—De modo que debo ayudaros a preparar una gran batalla contra los hechiceros y hombres lobo del mundo. Y a cambio...

—A cambio tendréis un alto cargo en la armada, y también en la corte, os lo prometo.

—¿Y Murad? No le gustará demasiado mi... ascenso.

—Murad hará lo que se le ordene.

—¿Y su esposa?

—¿Qué le pasa?

—Nada. No importa, lo haré, Golophin. Para esto, abandonaré mi botella.

La sonrisa del mago resplandeció en las tinieblas del camarote.

—Sabía que lo haríais. Ha sido una suerte que Gorbos os ofreciera hoy un precio tan irrisorio. Necesitaremos el Águila gabrionesa. Será el prototipo de la nueva flota.

—Sabíais lo de... Habéis hecho que...

—Cierto.

«Nada cambia», pensó Hawkwood. «De repente, los nobles te necesitan, de modo que te sacan de la alcantarilla, contemplan al pequeño ser que se retuerce entre sus dedos, y lo depositan sobre el gran tablero de juegos donde lo utilizarán. Bueno, este peón tiene sus propias reglas».

—Está oscuro como la pez. Dejadme encender una linterna. —Hawkwood buscó su yesquero, y tras frotar una docena de veces el eslabón y el pedernal, consiguió hacer cobrar vida a una linterna que todavía contenía algo de aceite. El grueso cristal estaba agrietado, pero no tenía importancia. La agradable luz amarilla iluminó las arrugadas facciones del mago, ennegreciendo el mar en la popa.

—¿De modo que puedo esperaros en la puerta de la torre del Almirante mañana por la mañana? —preguntó Golophin.

Hawkwood asintió con la cabeza.

—Excelente. —El mago dejó caer sobre la mesa una pequeña bolsa de piel de ciervo, que tintineó con fuerza—. Un adelanto de vuestro salario. Tal vez queráis equiparos con un nuevo vestuario. Se os buscará alojamiento en la torre.

—¿Se me buscará, o se me ha buscado ya?

Golophin se levantó y se puso el sombrero.

—Hasta mañana entonces, capitán —dijo, y le tendió una mano.

Hawkwood se la estrechó, levantándose a su vez. Su rostro era una máscara tensa. Golophin se volvió para marcharse, pero se detuvo.

—No es una mala cosa que las inclinaciones personales y los dictados de la política coincidan, capitán. Os necesitamos, es cierto, pero yo al menos me alegro de teneros con nosotros. La corte está llena de serpientes con buenos modales. El rey necesita también a uno o dos hombres honestos.

Salió, inclinándose al cruzar el umbral. Hawkwood lo escuchó caminar hasta el combés; luego volvió a oírse el picoteo de las gaviotas, y finalmente se hizo el silencio.

Más tarde, se apoyó en los remos a un cable de distancia del Águila para contemplar cómo ardía. Por algún motivo, el barco recuperó algo de su antigua belleza cuando las llamas alcanzaron las cubiertas y se elevaron, rugientes y brillantes, en el cielo nocturno. El fuego se reflejaba, húmedo y resplandeciente, en el interior de sus ojos, y Hawkwood permaneció allí hasta que el barco hubo ardido hasta la línea de flotación y el mar empezó a penetrar en él para apagar el incendio. Un siseo de vapor, y luego un leve gorgoteo cuando lo que quedaba del casco volcó y se hundió bajo las olas. Hawkwood se secó el rostro entre las olas nocturnas.

Construiría su maldita flota, y pasaría por todos los aros que le pusieran delante; era un asunto de supervivencia, después de todo. Pero su valiente barco nunca acabaría convertido en un mero plano en el despacho de algún supervisor naval.

Levantó los remos, y emprendió el largo trayecto hasta la orilla.